

Roma, 5 de octubre de 2006

Queridísimo Ángel José: ¡que Jesús os guarde!

Considero un deber –me llena de alegría– participar, con estas palabras y con mi oración, en el acto académico que han organizado conjuntamente las facultades de Derecho y de Derecho Canónico, en memoria del queridísimo Mons. Amadeo de Fuenmayor (q.e.p.d.).

Son incontables los recuerdos que conservamos quienes hemos tenido el privilegio de conocer y tratar a este gran estudioso del Derecho Civil y Canónico y, por encima de todo, sacerdote ejemplar y fiel hijo de San Josemaría. No me excedo en ninguno de estos calificativos, al verlos corroborados –después de su marcha al Cielo, hace ahora un año–, por el testimonio unánime de innumerables personas.

Tras vivir santamente en la tierra, don Amadeo nos ha legado un dilatado patrimonio espiritual, humano, académico y moral. Si hemos de resaltar algún rasgo particular suyo, me atrevería a proponerle como ejemplo de unidad de vida, pues supo

dirigir los grandes talentos que le concedió Nuestro Señor a cumplir fielmente la Voluntad del Cielo. Concretamente, su mayor aspiración como jurista, con una capacidad intelectual muy sobresaliente, fue también la de contribuir con su ciencia, con su proverbial prudencia y con un trabajo escondido y silencioso, a descubrir el itinerario jurídico por el que Dios quiso llevar a San Josemaría en la fundación del Opus Dei, hasta su configuración definitiva como Prelatura personal, en 1982. Nos ha dejado, de este modo, una herencia intelectual de importancia trascendental.

Entre otras facetas de su rica personalidad, pienso que a todos nos vienen a la cabeza su buen humor, la precisión con que fijaba las ideas con escritura menuda, pulcra y ordenada, sus grandes dotes de conversador... y muy particularmente, rememoramos sus últimos años, marcados por la progresiva limitación física, en los que brillaron su alegría, el garbo y la visión sobrenatural con que llevó su enfermedad.

Todos estos motivos me mueven a agradecer a los organizadores de este acto académico, la oportunidad que me han ofrecido para rendir homenaje a la figura de Mons. Amadeo de Fuenmayor Champín que, desde el Cielo, nos repite que vale la pena responder que sí al querer de Dios para cada uno, con una vida plena de sentido.

De todo corazón, me uno a la bendición que San Josemaría, Primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, y su primer sucesor, el Siervo de Dios S.E. Mons. Álvaro del Portillo, envían para todos los presentes.

in Domino  
+ Javier Echevarría